

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



Raposo, Moyano Alfonso
Función crítica de la Arquitectura
Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen V N°13.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. Abril 2008

FUNCIÓN CRÍTICA DE LA ARQUITECTURA

ALFONSO RAPOSO MOYANO

Abril de 2008

RESUMEN

La crítica de la arquitectura, cuando se ejerce con espesor, se encuentra con el territorio de la arquitectura crítica. El proyecto es interrogado, entonces, respecto de sus compromisos con la crítica social, o más radicalmente, respecto de su rol como crítica política. La arquitectura moderna nace con un compromiso ético respecto al desarrollo social y cambio político. Tal fue el caso de la arquitectura chilena desde la década de los 30 hasta y comienzos de los 70. Este compromiso desaparece con el desarrollo de la ciudad neoliberal postmoderna. ¿Cómo recobrar la función crítica y textura ética de la arquitectura? La labor de Santiago Cirugeda representa una ruta hacia ese propósito. La propuesta de “proyecto mínimo” y “crítica máxima” de Roberto Fernández constituye una estrategia cultural para lograrlo.

*<crítica arquitectónica> <arquitectura crítica> <crítica social>
<ciudad neoliberal> <ciudadanía cultural>*

ABSTRACT

The critic of architecture, when is exerted with thickness, arrive to territory of the critical architecture. The project is personally questioned then, respect his commitment with social criticism, or more radically, respect to its role like political critic. The modern architecture is born with an ethical commitment with the social development and political change. This was the case of the Chilean architecture since the decade of 30 to 70. This commitment disappears with the development of the postmodern neoliberal city. How to recover the critical function of the architecture? The work of Santiago Cirugeda represents a rout towards this intention. The proposal of “minimum project” and “maximal critic” of Roberto Fernández constitute a cultural strategy to obtain it.

<architectonic criticism> <critical architecture> <social criticism> <neoliberal city> <cultural citizenship>

TEMARIO

Introducción

1. Modernidad arquitectónica y crítica política
2. Arquitectura y crítica desde el proyecto
3. Escenarios de hoy
 - a. Contexto epocal
 - b. Neuralgias urbanas
 - c. Sentido de la crítica
 - d. Crítica desde la cultura cotidiana

INTRODUCCIÓN

En el primer texto con que iniciamos este ejercicio analógico, se presenta un aspecto de la reciente obra “antipoética” en la que ha ingresado Nicanor Parra. Desde sus inicios chillanejos, y aún antes, su poética se dispone en posición crítica. El algo de su crítica es la propia convencionalidad de la poética. Su crítica no concluye concluyentemente en la presentación de un juicio crítico, sino que allí comienza. Se trasmuta en una fuerza productiva trasgresora que no sólo hace patente los límites de la convencionalidad sino que los socava y los supera. Lo que comienza como una crítica del hacer poético expresada de facto en sus antipoemas, se transforma en el ejercicio de la poesía crítica. Entonces ya nada lo detiene y se proyecta hacia la continua tarea dialéctica de su profesión de fe: la tarea de reinventar la apertura del espacio poético, de modo que puedan residir allí todos los pensamientos que dan cuenta de lo impropio e injusto que genera el orden convencional establecido, ya no sólo de la poesía sino del conjunto de la vida societal. Justo es reconocer que la sociedad chilena ha sido pródiga en la provisión de tales tareas, pero cerrada en su permisividad para expresarse críticamente. Nicanor Parra ha sabido, mediante la “brevitas et la argutia” de un género epigramático en que reina la sátira, aprovechar el reducido espacio crítico permitido, para abrirse a la amplitud de la crítica social. Ciertamente es que a Nicanor se le permite lo que a otros no se le perdonaría. Pero eso es también su conquista y su eficacia.

En este segundo texto que se presenta aquí, lo que la operación analógica pone en cuestión es si en el dominio de la arquitectura ha habido o puede haber una práctica crítica análoga a la reseñada precedentemente. ¿Puede haber una práctica crítica de lo arquitectónico, dispuesta en la ruta de constituirse en una arquitectura crítica? ¿Cuál sería entonces su especificidad? ¿Podríamos encontrar referentes al respecto?

El esbozo de pregunta general, que queda tan sólo resonando subyacentemente, es si la construcción de una “cultura ciudadana” para el ejercicio de una “ciudadanía cultural” puede coadyuvar al desarrollo de una “ciudadanía política” con capacidad de contribuir al cambio social y político

1. MODERNIDAD ARQUITECTÓNICA Y CRÍTICA POLÍTICA.

La crítica arquitectónica y sus primas hermanas: la teoría y la historia de la arquitectura son, claro está, parte constitutiva fundamental de la “Institución Arquitectónica” y, por cierto, han sido los propios arquitectos, desde su praxis, grandes cultivadores del pensamiento crítico sobre las obras de arquitectura, su teoría y su historia. Con el inicio del Movimiento Moderno en la arquitectura, este pensamiento se encauza, como es sabido, en una ruta que no sólo pone en tela de juicio y condena el orden arquitectónico y urbanístico precedente, sino, que busca protagonizar, con el propio proceso de producción del espacio edilicio, la transformación del orden social existente. Como ya ha sido señalado, la denominada Carta de Atenas, constituye un artefacto ideológico de línea en el campo de la crítica social. Sus principios se trasladan hasta el propio proyecto de arquitectura constituyéndolo en un instrumento de crítica social e ingresando así decididamente en la ruta de la arquitectura crítica.

En la visión que en este respecto desarrolla Marco Rosaldo ¹, ésta función crítica de las propias obras arquitectónicas de innovación que surgen en los inicios de la modernidad, es percibida más radicalmente:

“Lo nuevo ha sido más bien, la asociación que los arquitectos modernos han hecho de la teoría arquitectónica con la crítica política y el papel protagónico que se han atribuido en el proceso de revolución social.”

Conforme a su visión, este nuevo sesgo de la institución arquitectónica no aparece entre los arquitectos sino hasta los escritos de William Morris (1877-1894), Adolf Loos (1897-1909) y posteriormente Hannes Meyer (1931-1932).

“Es a partir de ellos y la formación de las vanguardias que esta preocupación por la superación de la crisis social queda firmemente integrada al debate arquitectónico como tema cardinal”

En su síntesis, Marco Rosaldo muestra luego como esta vectorialidad crítica de la arquitectura se proyecta durante el transcurso del siglo XX, desconformándose gradualmente hasta desvanecerse completamente luego de *“las propuestas de neoformalistas postmodernas y deconstructivistas de fines de los 70 y principios de los 80.”*

En el marco de nuestra realidad nacional, sin embargo, la historia de la arquitectura moderna tiene marcas más prolongadas de compromiso crítico social y político. La década de los sesenta es posiblemente su mejor época. En el marco de nuestra “Institución Arquitectónica” la arquitectura del movimiento moderno no había perdido, por entonces, ni un ápice de su imagen virtuosa y poder doctrinario. Se cree devotamente en ella como signo y simbolismo del futuro. Aquí, la arquitectura moderna no está en su senescencia sino en su juventud. Radicalmente posicionada en el accionar de un Estado Social en ciernes, juega un rol fundamental en la formación del cuerpo de una aglomeración metropolitana santiaguina. Este se conforma concomitante con el proyecto republicano nacionalista, desarrollista e industrialista, trazado en un marco de aspiraciones de fordismo social y keynesianismo político. Esto se expresa significativamente en las contribuciones de la arquitectura pública a la formación de las primeras edificaciones de administración gubernamental y de equipamientos colectivos, desarrolladas por Ministerio de Obras Públicas y las primeras formaciones residenciales de vivienda social para empleados y obreros desarrolladas primero por la Caja de la Habitación desde el año 1936 y posteriormente por la Corporación de la Vivienda desde 1952.

En la década de los 60 la relación entre crisis social y transformación revolucionaria emerge con nueva fuerza. La modernidad arquitectónica y urbanística es convocada a resplandecer con nuevo brillo en el proyecto de “Revolución en Libertad” que postula la Democracia Cristiana encabezada por el Presidente Eduardo Frei Montalva. La Arquitectura debe asumir el rol de estetizar la política anticipando la imagen urbana del futuro para el hombre nuevo y la nueva sociedad. La capitalina “Remodelación San Borja” es aquí la expresión de una “catexis” modernizadora trazada en abierta crítica a una ciudad que se juzga preterida.

¹ Mario Rosaldo. ¿Hacia una arquitectura crítica? <http://www.geocities.com/bravenik/arquitectura-critica-1.html>.

En la década de los 70, durante la breve vigencia del impulso revolucionario contenido en el proyecto de Transición al Socialismo impulsado por la Unidad Popular, el Estado enfatiza su articulación con la arquitectura y la urbanística, en una trayectoria guiada por la crítica social. Las Remodelaciones de la Corporación de Mejoramiento Urbano buscan evitar la exclusión urbana de los trabajadores en las periferias y suburbios metropolitanos. Así, el proyecto de arquitectura acentúa su condición de crítica política y busca iniciar transformaciones que reviertan las distancias sociales en el plexo de la ciudad.

Hasta aquí la breve historia santiaguina de la Arquitectura Crítica Moderna y sus compromisos socio-políticos. Lo que sigue después es la historia de otra revolución y otra violencia. El neoliberalismo revolucionario triunfante también llama a comparecer a la Arquitectura Moderna pero ya no la quiere al servicio de funciones críticas de orden social y político sino al servicio del florecimiento de los mercados inmobiliarios, en el marco de un urbanismo de libre competencia.

2. ARQUITECTURA Y CRÍTICA DESDE EL PROYECTO.

Cuando buscamos hoy, en el campo de las prácticas de la arquitectura reciente en nuestro entorno, obras comprometidas con la crítica social, nos encontramos con un paisaje en que los significados orientados a la crítica política y el cambio social ya no están presentes. Si insistimos en la búsqueda debemos ampliar la mirada hacia otras latitudes iberoamericanas. Al hacerlo, posiblemente lo primero que actualmente salte a la vista es la labor que está desarrollando el arquitecto sevillano Santiago Cirugeda ². Su producción que él denomina "*Estrategias subversivas de ocupación urbana*" constituye un cuerpo de experiencias de crítica arquitectónica y urbanística que se encausa en la ruta de la arquitectura crítica.

Su labor apunta principalmente a modificar fragmentos territoriales en la ciudad, generando lugares que aportan mejoramientos a la vida ciudadana, mediante intervenciones, de rasgos contestatarios, que fuerzan las inercias y vacíos generados por los patrones normativos convencionales de manejo del espacio público local. Dice al respecto Juan Freire, que *con sus proyectos pretende:*

"generar un compendio de herramientas para superar a las burocracias locales y poder desarrollar proyectos innovadores y baratos que generen cambios sociales y una mayor calidad de vida.Muchas de las intervenciones de Cirugeda bordean la ley, y se enfrentan a las ordenanzas urbanísticas que, tratando de proteger unos determinados "valores" estéticos, muchas veces impiden mejoras en las condiciones de vida de los ciudadanos". ³

Su estrategia operacionalizada tácticamente en sus *Recetas Urbanas* parece coincidir, a nuestro juicio, con los lineamientos que enunciara Roberto Fernández⁴ como "*Crítica máxima de proyectos mínimos. De la modernidad imperfecta a la globalización salvaje*".

² Santiago Cirugeda. "Recetas Urbanas. Estrategias subversivas de ocupación Urbana"

³ Juan Freire. "Santiago Cirugeda. La Arquitectura como innovación urbana y social" Visto en la Web el 15/042/08, en http://nomada.blogs.com/freire/2005/04/stgo_cirug.html
Ver también <http://www.recetasurbanas.net>

⁴ Roberto Fernández "Derivas. Arquitectura en la Cultura de la Postmodernidad" Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral. UNL., Santa Fe, Argentina, 2001.

Revisemos estos lineamientos. Los rasgos básicos del contexto son conocidos. En el marco actual de la destitución de la racionalidad técnica instrumental y organizativa como base del accionar de las relaciones entre Estado y sociedad y su reemplazo por la operatoria del mercado, se constata la agonía de una modernidad arquitectónica desarrollada al interior de los desfallecientes Estados de bienestar.

Se verifica así, el cuadro ya anunciado por Manfredo Tafuri en la década de los sesenta: el creciente despojo de la Arquitectura de su ética organizada en torno a valores sociales. Entonces: ¿Qué hacer?, ¿Cómo reasentar la disciplina arquitectónica y su institucionalidad?. Hay toda una historia de los diversos programas de respuesta a estas preguntas que no podemos abordar aquí. Buscando tan sólo en la vecindad, encontramos el mencionado programa estratégico con que Roberto Fernández responde, para actuar en los tiempos que se ciernen sobre nuestras cabezas. Consignemos sus rótulos:

“1. Entender la época. 2. Fundar los criterios de una crítica máxima. 3. Defender y aquilatar lo público. 4. Entender el actuar de una sociedad fracturada, con un discurso cultural y con opcionalidades técnicas. 5. Cuestionar la anomia desterritorial con elementos de cultura material. 6. Hacer ciudad con mitigación de la segregación. 7. Proponer los argumentos de un proyecto mínimo. 8. Formular contenidos de forma social. 9. Proponer pieles que densifiquen contenidos de lenguaje y opciones de tecnología adecuada. 10. Desarrollar interfases de cultura / naturaleza o artefactos en el paisaje. 11. Proponer recintos de Urbanidad que propendan a recalificar la ciudad segregada. 12. Recuperar la función crítica en y desde el proyecto.”

Examinemos como puede situarse, sin contrañirlos, las intenciones y haceres de Santiago Cirugeda en los términos de esta propuesta. Claramente este concibe su hacer arquitectura como ejercicio de una función crítica que proyecta formas de recalificación de la ciudad segregada, generando en ella lugares de vida colectiva. Lo hace con proyectos mínimos siempre asociados a la validación del espacio público.

Sus proyectos hablan con simplicidad de su significado social y argumentan creativamente su condición de posibilidad y plausibilidad material frente a las preexistencia de sus emplazamientos y a las coacciones de las normativas reguladoras municipales de la vida vecinal.

Escoge para ello espacios anómicos y desterritorializados, fragmentos de territorios residuales olvidados. Sus operaciones arquitectónicas aducen una lógica de artefactos precarios que entrañan una resignificación de lo residual existente. Recurren básicamente a un lenguaje pronunciado desde una materialidad constituida con elementos existentes, a veces recolectados desde la calle, los que son reutilizados imaginativamente. De todo ello surge un mensaje densificado y por ello, afrentoso para la gestión local del desarrollo urbano, al hacer patente lo mucho que se puede hacer desde asumir la precariedad para vencer el abandono.

3. ESCENARIOS DE HOY

Consideremos ahora más globalmente la propuesta de Roberto Fernández, cuyos rótulos nos permitimos anotar anteriormente, A nuestro juicio, se basa en el entendimiento de que ya no es posible presentar la arquitectura como “obras de creación” situadas cómodamente en la esfera circunscrita de la esteticidad del Arte. Tampoco parece posible

situarlas en el marco de una institución arquitectónica delimitada, a su vez, por un universo cultural asentado en la ruta oficial del estatuto del progreso. Claramente, en el ámbito desatado de la post-modernidad, institución y universo han de ser reconfigurados.

Reconocerlo, es entonces condición necesaria para “entender la época” en que la arquitectura debe encontrar la manera de erigirse con dignidad. La tarea requiere de la Historia, pero ésta ya no puede asentarse en la cosificación de los hechos del pasado, sino constituirse, según señala el historiador Gabriel Salazar, como correlato de la “*cultura social viva y de la memoria social viva*”. Es en esta “*historia de la actualidad*” en donde encontraremos un entendimiento epocal en que puede situarse un actuar crítico.

Esto implica que la crítica arquitectónica ha de estar necesariamente imbricada en una crítica social que no solo se dirija a las estructuras societales, sino que considere lo hechos constituyentes de las prácticas cotidianas y participativas de la vida de las comunidades locales. Hagamos caso de Michel de Certeaux. Nos tiene dicho que en la invención de lo cotidiano se encuentra la materia prima para desarrollar esta tarea.

a) Contexto epocal.

En la vida de esta “historia de hoy” hay que encontrar las zonas neurálgicas para el ejercicio de la “crítica máxima”. La sociedad mercatoria del tardocapitalismo que reduce dicotómicamente la vida a una lógica de ganancias y pérdidas es claramente el territorio donde encontrarlas. Ganadores consumidores holgados y perdedores con escuálido poder de compra, confinados a los no-mercados que se organizan desde las políticas sociales, “conviven”, a distancia conveniente, bajo el alero de una organización democrática siempre dispuesta a ejercer su estado de excepción para evitar el cambio de estatus vitalicio de los ganadores y perdedores.

Sobre éste basamento de gobernabilidad, se erige la ciudad generada por un desbocado proceso de producción del espacio que no reconoce otras divinidades y leyes que las del mercado para operar con su “maquinaria de la propiedad”. Para que ello ocurra ha sido necesario erradicar de las políticas públicas aquellas concepciones de ciudad basadas en los idearios de ciudad moderna y proyecto urbano desarrollados por la racionalidad arquitectónico urbanística y sus normativas reguladoras. Es la iniciativa privada en creciente expansión la nueva protagonista. Tales son los signos epocales.

b) Neuralgias urbanas

Para mencionar tan sólo un orden de lo neurálgico que la situación descrita provoca, consideremos lo que ocurre con el espacio público. El panorama es desolador. La dicotomía es profunda. La ciudad resplandeciente del “fashion” de la arquitectura, bien delineada y protegida, equipada con vastas áreas verdes privadas, dotada de espacios recreacionales exclusivos, articulada al territorio con rutas concesionadas e intercomunicada con conexiones de banda ancha, delimita y controla sus fronteras. Fuera de éstas está la otra ciudad, heterogénea, abigarrada, precaria, insegura con sus áreas mortecinas de deterioro lento e inexorable, con sus enclaves de espacios de obsolescencia y chatarra urbana, con sus densas torres habitacionales pericentrales y sus extensas e incontrolables barriadas populares, apartadas por largas horas de congestionado trayecto urbano.

En ella encontramos por doquier el espacio público arrojado, desconfigurado en las dispersas y lejanas periferias, abandonado a una condición residual en la magra textura

de las barriadas, mal avenida en los menguados y precarios equipamientos colectivos vecinales, extraviado o ausente para la vida de la ciudadanía en los centros cívicos de las comunas populares, descontrolado en la centralidad cívica capitalina. Por doquier, trozos y piezas fragmentadas, muertas y olvidadas en los intersticios, espaldas y puntos ciegos de los grandes cuerpos de la formalidad edilicia.

Por cierto, el espacio público es tan sólo uno de los elementos del plexo neurálgico de la ciudad en que transcurre la vida urbana que puede ser objeto de la “crítica máxima” Por sobre éste esta el conjunto de la cultura material domeñada por la imagen del espectáculo de la mercancía. En ella se encuentran claramente territorios para la crítica reconocidos por un largo entretrejimiento de criterios, en que es posible distinguir visiones dispares pero convergentes como por ejemplo las de G. Deborde (La Sociedad del Espectáculo), hasta D. Harvey (Espacios de Esperanza) y E. Soja.(Postmetropolis)

c) Sentido de la crítica.

Entendemos que estamos frente a situaciones que exigen una consideración política. Remediar este paisaje socio-territorial de la “ciudad-otra” requiere voluntad política efectiva. Es decir requiere resolver conflictos. Para hacer frente a todo esto ello sería necesario alzar estrategias de movilización política que construyan, estructuren y nutran el conflicto hasta llevarlo a su fase de confrontación y definición social en el marco de las relaciones entre Estado y sociedad. ¿Pero es realmente imaginable, posible y plausible pensar, en el marco de la vida de la ciudad neoliberal triunfante del tardocapitalismo, en acciones colectivas de este carácter, que emerjan desde las comunidades locales y que estas emprendan tales rutas políticas conducentes a estados multitudinarios?

Cuando Roberto Fernández planteaba su estrategia de proyectos mínimos y críticas máximas no estaba desestimando esta pregunta ni negando la posibilidad de responderla afirmativamente. Tan sólo nos dice que desde la arquitectura la ruta crítica pasa por la cultura. Que en las relaciones entre arquitectura y cultura hay un vasto itinerario de arduas tareas pragmáticas que realizar.

Entendemos que en su estrategia crítica no sólo se apunta a producir mitigaciones, lo que no sería poco decir, o constituir un estado proactivo del “entretanto”, sino que pone esperanza en anidar, como señalaría Alberto Moreiras ⁵, una “*catexis transformadora de lo social*”. Una suerte de construcción social en el plano de la cultura que cuenta con la posibilidad de emerger significativamente en el plano de lo político. En este sentido vemos el trabajo de Santiago Cirugeda en una posición muy lejana del simple jugar al “enfant terrible”.

d) Crítica desde la cultura cotidiana

Entendemos que abordar todo esto requiere grandes tareas de resignificación, es decir, un trabajo con la producción de subjetividad. No se podría hoy concurrir al proyecto de construcción de la vida en la de arquitectura de la ciudad, sin el desarrollo de una cultura ciudadana de reconocimiento de la ciudad. No es este el lugar para diseñar una estrategia al respecto, pero consideramos que, en sus grandes rasgos debería apuntar a la construcción cultural de una mayor *comprensión, en el presente urbano, de la raigambre de historicidad que impregna el cuerpo urbano y su presencia arquitectónica y urbanística.*

⁵ Alberto Moreiras. “Línea de sombra. El no-sujeto de lo político”

Esto implica una cierta iniciación a la praxis de la lectura de la riqueza cultural del habitar arquitectónico, cuyos indicios están en los signos urbanos inscritos en la actividad cotidiana de las persona y sus interacciones con los espacios y edilicias de la ciudad y en sus transformaciones. Si en los sistemas simbólicos que los signos constituyen y en el trato que con ellos tienen los ciudadanos se encuentran los elementos de la historicidad a ser reconocida, se requiere entonces constituir cierta disposición para dejarse impregnar por esa historicidad, para considerar las huellas, marcas, corrientes de pensamiento, tradiciones, mitos, olores, que yacen y operan en los calles y avenidas citadinas. La arquitectura de la ciudad y de la vida urbana es en y con su historia.

La conciencia de esto constituiría el alma de las acciones culturales críticas y reivindicativas de la vida urbana, pero ellas estarían condenadas al fracaso sin un “empoderamiento” en el reconocimiento y consideración de las texturas normativas regulatorias de la producción del espacio urbano. Se necesita conocerlas profundamente para advertir como ellas operan de modos frecuentemente impropios y adversos para acoger y proteger las relaciones que los ciudadanos establecen con la ciudad en su vida cotidiana y advertir su vulnerabilidad frente a las invectivas que le infieren los agentes de la maquinaria de la producción inmobiliaria y del ornato público.

La “catexis” de los cuerpos intermedios de ciudadanía popular orientada a la construcción de competencias para la exploración cultural de las oportunidades urbanas que se anidan en lo posible, debiese no sólo circunscribirse a lo cierto, sería necesario también que se abriese a lo increíble, a un trato con la utopía en cuanto esta constituye una fuerza vectorial de las dinámicas de cambio.

La idea no carece de credibilidad. Hay referentes que pueden mencionarse al mirar tan sólo en la dimensión cotidiana de la sólida corteza neoliberal del Santiago de Chile de hoy. Están las movilizaciones populares reivindicativas de derechos de ciudadanía trasgredidos por la propia acción pública. Las tácticas de protesta de los “Deudores habitacionales” que impugnan el accionar programático de las políticas estatales, las acciones de concertación vecinal tales como “Salvemos Vitacura”, “Red ciudadana por Ñuñoa”, “Protejamos la Reina”, “Noalaplantadegas de Peñalolén” muestran los conflictos ciudadanos con las visiones de desarrollo urbano de las agencias gubernamentales. A veces los conflictos implican a los propios gobiernos comunales en confrontaciones con las agencias de nivel regional o central frente a los impactos de proyectos de los sectores públicos y privado. La formación de la Coordinadora de Organizaciones Ciudadanas Territoriales, da cuenta de la magnitud y frecuencia de la vulneración de los intereses ciudadanos.

Están también las acciones proactivas urbanas de grupos de actores sociales que actúan en nombre de la cultura. Se hacen presente en el espacio público con otras estrategias de acción destinadas a realizar y promover intervenciones orientadas a su revaloración⁶. Las iniciativas gestadas por las élites culturales son crecientemente ambiciosas. Un ejemplo en este respecto es el Cabildo Nacional de la Cultura cuya agenda ha buscado desarrollar la experiencia chilena de participación para la construcción de la ciudadanía cultural. Iniciativas análogas se encuentran en el área de preocupación por el medio ambiente, uno de cuyos ejemplos es la Red de acción ciudadana por el medio ambiente.

⁶ A título de ejemplos : La agenda de “Santiago Amable”, empeñada en señalar posibilidades de recuperación del espacio público mediante intervenciones demostrativas, que impulsó, desde fines de la década de los 80, un amplio grupo de intelectuales entre los que se destaca la arquitecta chilena Pelagía Rodríguez, ; las actividades de “Circuitos”, un colectivo liderado por el artista plástico Francisco Sanfuentes que realiza intervenciones constituidas como ofertas de actos de arte en el espacio público

Habría que advertir que este mundo de efervescencia ciudadana está siendo cooptado por el Estado en el marco de sus políticas culturales y también por el sector privado y eclesial a través de sus organizaciones de gestión cultural. Que todo esto llegue a expresarse significativamente en la esfera política es algo que requiere ser examinado con reflexión más sistemática.